

Arma letal

EDUARDO J. PADRON

Como no soy político, ni estoy aspirando a un cargo público, me voy a tomar la libertad de emitir algunas reflexiones sobre la violencia que engendran las armas de fuego en nuestra nación. Ya saben que mi obra es la de educar, o sea la mejor manera de alejar el crimen, la depresión económica y una vida mediatizada o más bien mediocre.

He leído, no sin consternación, como uno de los representantes de la Asociación del Rifle, a la vez que ofrecía sus condolencias a los familiares de las doce personas ultimadas en Aurora, les recomendaba que no dejaran de considerar, en ningún momento, pese a la desgracia, los grandes beneficios que las armas han dispensado a la población de este país. Me pareció algo inapropiado, de poco tacto.

No enumeró esos beneficios, por cierto, pero expresó su afirmación con mucho énfasis. ¿Se estaría refiriendo a las armas americanas que han abierto, históricamente, tantas zonas de libertad en el mundo? ¿Estaría hablando de aquellas que nos permiten seguir construyendo la democracia más importante de la humanidad, no obstante las amenazas terroristas, empeñados en liquidarla?

Creo que no. El representante de la NRA (por sus siglas en inglés), se refería al arsenal diseminado en todas las estructuras domésticas y sociales y a una industria billonaria que hará lo indecible para que así continúe siendo. Estamos hablando, según artículo aparecido en *The New Yorker* de cerca de 300 millones de armas en manos privadas que se dividen, más o menos entre 105 millones de rifles, 83 millones de shotguns y 106 millones de pistolas, cifras que no se comparan con ningún otro lugar del mundo.

En el año 2004 nuestra propia indiferencia política puso un alto a la prohibición federal de vender armas de asalto o semiautomáticas, las mismas que se emplean en el campo de batalla. Desde entonces, se ha vuelto un asunto de consultar vendedores en internet con ese tipo de armamento, para quienes desean adquirirlo y la investigación y controles para llevar a cabo la transacción no parece ser muy estricta que digamos. A esta circunstancia habría que agregar las municiones que también se ofertan al por mayor.

Vamos a especular un poco: ¿Qué tal si mañana en este mercado nos pudiéramos hacer de lanzacohetes, granadas o bombas? Creo que nuestra conformista población, para estos menesteres, reaccionaría de otro modo.

La Segunda Enmienda defiende el derecho de los norteamericanos a poseer armas para el deporte de la cacería y para defensa personal. Es algo histórico y consustancial a la cultura de este país, sobrevalorado según algunos analistas. Es mi opinión, muy personal, que esos marcos constitucionales se han desbordado y la accesibilidad a armamentos de combate debiera contar con algún tipo de regulación más eficaz.

Hace apenas 18 meses ocurrió la matanza anterior donde estuvo involucrada la heroica congresista Giffords. El ciclo de incidentes se ha hecho pavorosamente cercano y claro que es muy improbable saber cuándo volverá ocurrir la próxima manifestación de violenta irracionalidad.

Ahora debemos estar atentos a los imitadores ("copycats") y a lo que yo considero uno de los problemas más difíciles de solucionar con respecto a las armas en manos de civiles y es el círculo vicioso, o la espiral de violencia que pudiera conllevar en sitios de la sociedad donde algunas necesidades básicas no han sido resueltas y, en ocasiones, se dirimen con una pistola en la mano.

En la sociedad japonesa, por ejemplo, las armas están prohibidas y es tan duro el castigo que se impone a quienes las posean y utilicen durante la consumación de un crimen, que los delincuentes han preferido prescindir de las mismas para cometer sus fechorías. Claro que son dos culturas distintas pero lo traigo a colación porque yo, en el orden personal, prefiero una comunidad sin la letalidad de las balas.

Comprendo que es un asunto peliagudo, que hasta los políticos se cuidan mucho de debatir, pero yo soy padre, hermano, abuelo y sé que en casas de los Estados Unidos, a esta misma hora, hay familias devastadas, otra vez, por una tragedia recurrente que parece no tener final.

Presidente, Miami-Dade College